

1854

1904



A la Santísima Virgen

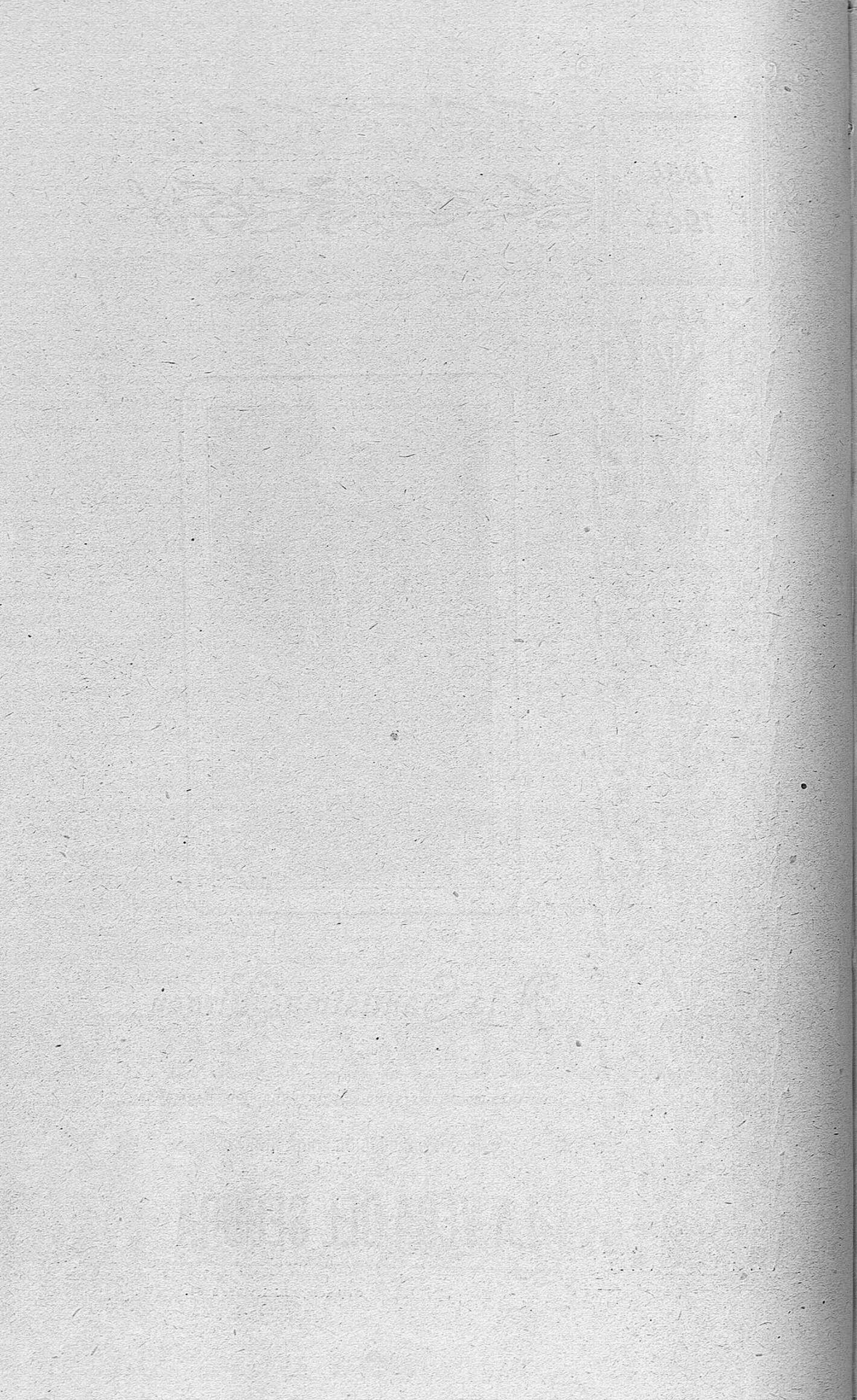
en el

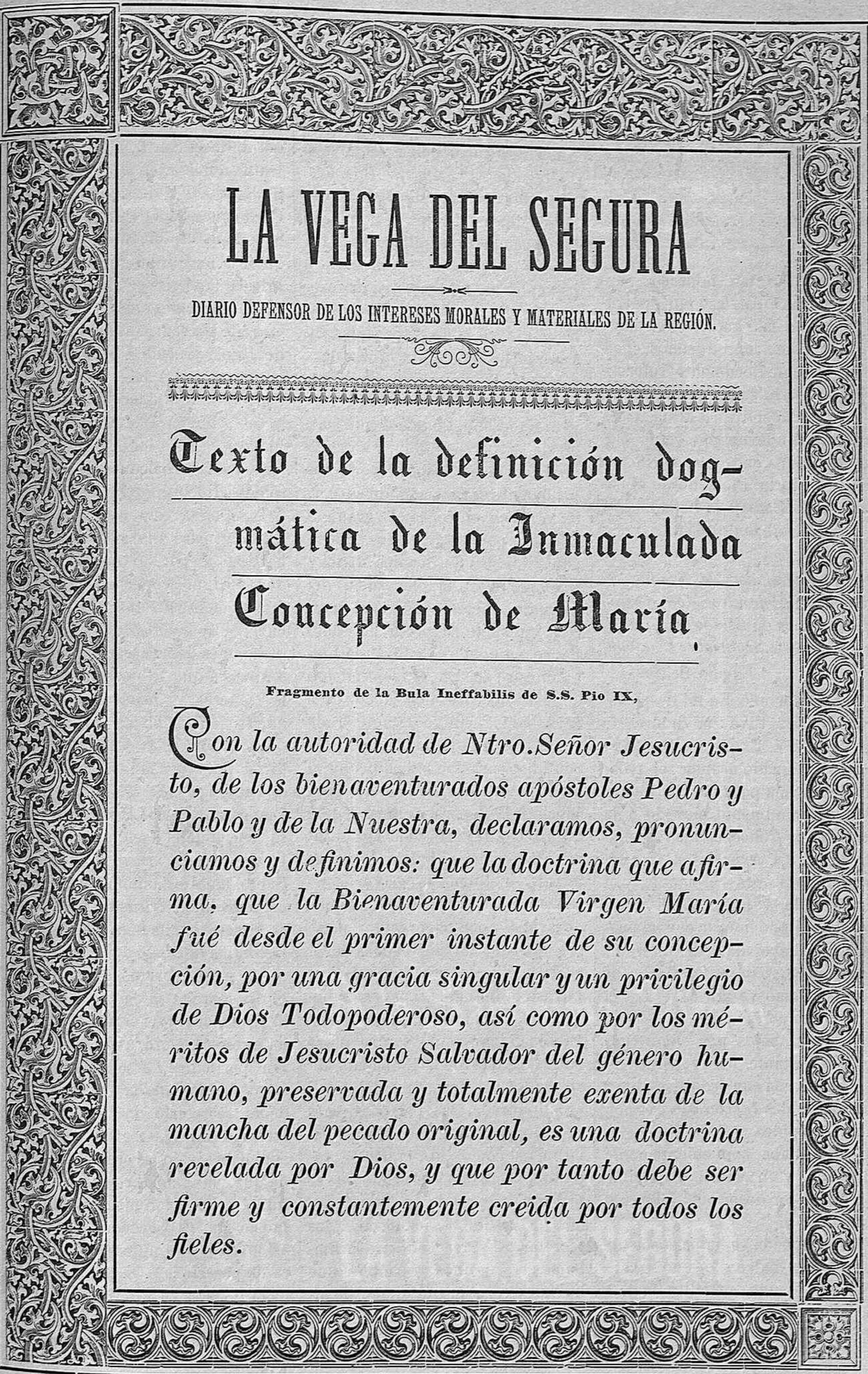
quincuagésimo aniversario de la definición dogmática

de su Concepción Inmaculada

LA VEGA DEL SEGURO

Orihuela, 8 Diciembre 1904.





# LA VEGA DEL SEGURA

DIARIO DEFENSOR DE LOS INTERESES MORALES Y MATERIALES DE LA REGIÓN.

---

## Texto de la definición dog- mática de la Inmaculada Concepción de María.

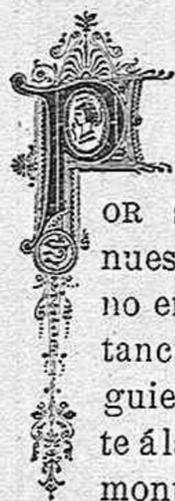
---

Fragmento de la Bula Ineffabilis de S.S. Pio IX,

*Con la autoridad de Ntro. Señor Jesucristo, de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo y de la Nuestra, declaramos, pronunciamos y definimos: que la doctrina que afirma, que la Bienaventurada Virgen María fué desde el primer instante de su concepción, por una gracia singular y un privilegio de Dios Todopoderoso, así como por los méritos de Jesucristo Salvador del género humano, preservada y totalmente exenta de la mancha del pecado original, es una doctrina revelada por Dios, y que por tanto debe ser firme y constantemente creída por todos los fieles.*

EL MONUMENTO  
DE  
la Inmaculada Concepción

EN LA PLAZA DE ESPAÑA EN ROMA



OR ser tan honroso para nuestra patria y tan oportuno en las actuales circunstancias, reproducimos el siguiente documento referente á la solemne bendición del monumento de la Inmaculada Concepción levantado en la plaza de España en Roma, verificada por el inmortal Pío IX desde el palacio de la Embajada Española el 8 de Septiembre de 1854.

Dice así:

«El Embajador de España en Roma, D. Alejandro Mon, dirigió al Secretario de Estado de S. M. C. con fecha 9 de Septiembre esta nota:

Excmo. Sr.:

Muy señor mío: En mi despacho número 122 tuve la honra de anunciar á V. E. que su Santidad se había dignado aceptar el palacio de España para dar la bendición al monumento elevado á la Inmaculada Concepción en la plaza de España. Ayer era el día señalado para esta ceremonia, y á las once de la mañana, el Santo Padre se dignó honrar con su presencia la Embajada de S. M. Anunciada tan augusta visita hace pocos días, como ya dije á V. E., el tiempo era cortísimo para llevar á cabo los trabajos por ella exigidos. No obstante, los preparativos se acometieron con ardor; las obras indispensables fueron con extraordinaria rapidez, y el día 3 el palacio se hallaba convenientemente adornado y en estado de recibir con el mayor decoro al Soberano Pontífice.

En la fachada se había construido un gran balcón de un gusto severo y de una sencillez majestuosa, que debía contener al Papa, al Sacro Colegio y al Senado ro-

mano, así como al cuerpo diplomático y á las demás personas convidadas á asistir á tan solemne acto. En el salón contiguo al del trono se había colocado otro en el que Su Santidad debía sentarse á su llegada. Al verificarse ésta, después de concluída la función de Santa María del Pópulo, donde se había celebrado capilla papal, todos los convidados se hallaban ya presentes en los salones de este palacio. En cuanto me fué anunciada la venida de Su Santidad, fuí á recibirle al pie de la escalera con todos los individuos de la Embajada.

El Soberano Pontífice, precedido de la guardia noble y seguido de un coche de respeto y de los principales dignatarios de su corte, venía en un coche de gran gala tirado por seis caballos, acompañándole los Cardenales Mattei y Barnabó. Abrí la portezuela del carruaje, y, con la debida veneración y respeto, expresé al Santo Padre, en nombre de S. M. la Reina nuestra señora, el sentimiento de gratitud y de alegría con que S. M. había recibido la noticia de la elección de este palacio por Su Santidad para dar la bendición al monumento de la Purísima Concepción. El Soberano Pontífice se dignó manifestarme su agradecimiento por estas palabras, y me añadió que tenía la mayor complacencia en venir á la Embajada de S. M. C., por haber sido siempre España la nación más devota de la Virgen, y la que más fervoroso culto había siempre tributado á la Inmaculada Concepción. En seguida el Santo Padre entró en los salones de la Embajada, dirigiéndome, con su afabilidad acostumbrada, las palabras más afectuosas para S. M. y la Real familia, así como para la nación española. Sentado en el trono que se le había preparado, se dignó admitir á que le besasen el pie á los secretarios y agregados de la Embajada, y algunos españoles que habían expresado el deseo de alcanzar tan alto honor.

Entretanto, fueron llegando los

Cardenales que habían acompañado á su Santidad á Santa María del Pópulo, y cuando todos se hallaron reunidos, pasó el Santo Padre al balcón, donde se le había puesto un dosel con la silla *gestatoria*, traída anteriormente del Vaticano. Su Santidad, rodeado de todos los Cardenales, teniendo á su derecha el cuerpo diplomático y á su izquierda los altos dignatarios de la Iglesia, leyó en voz alta las oraciones que para el efecto había preparado la sagrada Congregación de Ritos, y bendijo el monumento en medio de las más vivas demostraciones de satisfacción y contento de la inmensa multitud que se había agolpado en la plaza de España y en los balcones de los diferentes edificios que la rodean.

Terminada esta ceremonia, Su Santidad pasó á la sala donde se hallaba preparado un almuerzo que se dignó aceptar en presencia de los eminentísimos Cardenales, cuerpo diplomático y de los altos personajes de su corte, admitiendo después á que le besasen el pie á las señoras y demás convidados que lo habían solicitado.

Aproveché esta ocasión para pedir á Su Santidad su bendición apostólica para SS.MM. la Reina y el Rey; para la Serma. Princesa de Asturias y toda la nación española, á lo que accedió gustoso el Padre Santo, manifestándome de nuevo, como se había dignado hacerlo varias veces, lo altamente satisfecho que había quedado del recibimiento que en nombre de S. M. se le había preparado en la Embajada, y lo agradecido que estaba á la Reina nuestra señora, á quien profesa tan particular afecto. Anteriormente había dado la orden al Cardenal secretario de Estado para que me entregase el libro en el cual había leído las oraciones, á fin de que en su nombre fuese remitido á S. M. como memoria de tan fausto día. El Cardenal Antonelli así lo hizo, y adjunto tengo la honra de pasarlo á V. E. para que lo haga llegar á su alto destino.

En seguida Su Santidad se retiró, teniendo la honra de acompa-

ñarle, con todos los individuos de la Embajada, hasta el pie de la escalera, en la cual había hecho colocar en recuerdo de tan solemne acontecimiento, la siguiente inscripción:

*A. R. S. MDCCCLVII die Sacra Maria D. N. nascenti qua die edicto A. Pio IX. P. M. decreto orbi christiano.—Mariam D. N. ab origine sine labe fuisse.—Heicq. in foro in rei memoriam excitato monumento. Idem Pius IX. P. M. aedes legation. Hispan. adiit.—Cum*

*Sacro senatu legatis exterar. gentium. S. P. Q. R.—De pegmate solemniter monimentum lustravit — Maria Elisabetha Regina Catholica Hispaniarum.*

Al subir al coche volvió el Padre Santo á expresarme con su natural bondad lo muy satisfecho que había quedado; y, después de haberme despedido, cerré la portezuela, saliendo Su Santidad del Palacio con la misma solemnidad con que había venido.

Todos los Cardenales me mani-

festaron igualmente lo complacidos que habían quedado de la ceremonia, y en particular el Exce-lentísimo y Emmo. Secretario de Estado se sirvió encomiar con la mayor bondad todo lo que se había hecho para honrar al Soberano Pontífice en esta ocasión, añadiendo, que Su Santidad nunca podría olvidar las muestras de afecto y devoción que la España le había dado en tan solemne día.

Dios. etc. Firmado, *Alejandro Mon.*

—S.S.—

## Recuerdos de antaño

Poesía leída en el acto literario celebrado ayer en el Seminario Conciliar

Por la falda del monte subían  
el padre y el hijo:  
este, un guapo mozo  
de los más lucidos;  
el otro un anciano  
ya muy viejecico.  
Al compás de los pasos del viejo,  
los dos huertanicos,  
caminaban haciendo descansos,  
en todas las vueltas que tiene el camino.  
Del viejo los gestos  
¡son tan expresivos!.....  
que, mirando sus ojos velados,  
se veía en ellos su candor de niño.  
¡Un candor de virtudes cristianas  
siempre conservadas en pecho tranquilo!  
«Ya no hay fé en los hombres,  
sagalico mio,  
—le decía el anciano  
á su pobre hijo—  
Ya no tienen los hombres consensia  
ni saben de fiestas, ni guardan domingos.  
¡Piensan que los sielos  
son cosas de chicos!.....  
Cuando antaño tu agüelo (esté en gloria)  
llamaba á sus hijos,  
y dimpués de cumplir con la Iglesia  
comiamos junticos:  
y acabao de comer, nos runia,  
en la puerta del paere Francisco.....!

¡aquello eran fiestas! ¡toicos los domingos!  
con su baile dimpués, y otra cosa.....  
que ponía en volandas  
á todo el partio.  
¡Como pasa er tiempo!  
y' hase medio siglo,  
que hisimos la fiesta  
más grande c' habio,  
cuando el Paere Santo  
á tó er mundo dijo,  
que no tuvo ni sombra de mancha  
la Virgen bendita por mor de su hijo.  
¡Que fiestas aquellas!  
¡Que fiestas Corrico!  
No se m' han borrao  
del magín; toico.....  
toico lo recuerdo  
como si pasaran  
agora mesmico.  
¿Y como jué, paere?  
—preguntó su hijo  
con la boca abierta  
muy embobaico.  
—Pos verás, si ascuchas.....  
la cosa más grande que nunca has oio.  
Sentóse el anciano  
enfrente del chico  
y empezó el relato  
muy enternecido.  
«Era un año de munchas tristesas .....

que entoavía al mentarlo me deja encogío:  
 jué un año de grasía.....  
 tu, no has conosío  
 trifulques mayores  
 que los c' ha sufrio  
 esta probe siudá de Origüela  
 el cincuenta y cuatro; ya hase medio siglo.  
 En la España mandaba Espartero;  
 hombre mu valiente y mu desidío,  
 que metía er resueyo en er cuerpo  
 á to er siudadano que juera crestino.  
 Por naica der mundo s'armaba  
 cada revolica..... y no había partio  
 sin sus melisianos, que con cuatro tiros,  
 le ajustaban las cuentas al probe  
 como sí en la vida l' hubian conosio.  
 Llegaron las pascuas,  
 y er güeno der rio,  
 pa bajarnos los humos de juertes,  
 se salió de maere sin desirnos *pio*,  
 y arreó con la güerta pa elante,  
 y, tajo á tajico,  
 acabó con el pán de los probes,  
 y dejó sin su rento á los ricos;  
 ¡qué de hambres pasemos entonses!  
 sin pan en la boca ni casa p' abrigo!  
 ¡Que penares tan tristes, tu agüelo,  
 sin tener barraca... ..  
 pa sus probes hijos!  
 Y..... llega er verano,  
 y..... ¡aquí jué.....! Dios mio!  
 Como piojos morían los probes  
 de cólera ñorbo..... ¡que meses Corrico!  
 d' hombres y mujeres.....  
 veinte y ventisinco  
 se pichaban der mundo ca día.....  
 sin abrir la boca como pajaricos.  
 ¡Si paesia que er sielo  
 nus llamaba á juisio!.....  
 Y jué entonses allá por Agosto  
 cuando vió Origüela  
 todo enternesío,  
 del Obispo Valverde (esté en gloria)  
 las grandes virtudes ¡Vaya un viejesico!  
 Habías de verlo; tó arrufaldaico,  
 de barraca en barraca buscando  
 los probes enfermos con tanto cariño.  
 Como un Angel de Dios paesia  
 con su cayaico  
 de día y de noche

derramando socorros continuos.  
 apuricamente  
 lo ví yo mesmico.....  
 con aquella carica de santo  
 que estuvo en ca er Chano pa ver á su chico  
 Hiso mucho y güeno  
 aquel santo Obispo.

Vamos yá á las fiestas  
 que es tarde, hijo mío,  
 —¿Pos y las d' antaño?  
 preguntó Corrico?  
 Pos á esas vamos  
 dijo el viejecico.  
 Tu ya sabes que, allá por entonses  
 hubo un Papa, Pío nono, c' ha sio,  
 de los más nombraos que s' han conosio  
 Pos, el Paere Santo  
 l' escribió al Obispo,  
 pa desirle que ya era de veras  
 y está desidío  
 que la Virgen es para de mancha  
 como toa Origüela siempre lo ha creio,  
 y á toicos nus l' han enseñao  
 nuestras probes maeres desde chiguiticos  
 ¿Er pueblo lo supo?.....  
 Dios..... ¡qué regosijo!  
 Las campanas se echaron al vuelo;  
 hubo serenatas. hubo farolicos,  
 y en las torres de Ermitas é Iglesias  
 (toas según su estilo)  
 volaores y luses de gala  
 de mil coloricos  
 y letreros al Papa y la Virgen  
 que toó aquello costaba un sentío  
 D' arcos de follage  
 ¡no digamos chico!  
 Dinde San Gregorio  
 d' sta Capuchinos;  
 y d'nde el Colegio  
 de Santo Domingo,  
 por el Barrio nuevo  
 ¡toó mu derechico!.....  
 ¡jué un derroche de verde y de flores.....  
 d' enramá la más grande c' habio  
 ¿Música?..... no hablemos  
 y tamborileros?  
 más de ventisinco.  
 Y ¿en el seminario?  
 No es ya pa desirlo:

la cosa más grande  
de too lo que he dicho  
Como allí la que manda es la Virgen!  
y ella es la Patrona: los Colegialicos  
adornaron por dentro y por fuera  
toica la casa, gastando un sentío.  
¡Que fiestas de Iglesia!  
¡Que misas Corrico!  
Pedricó el Paere Antonio Tortosa  
que habia sio fraile ¡fraile capuchino!  
y tan juerte arreó con nusotros!!.....  
que lloremos todos á moco tendio  
Dimpués hubo juegos

de los más lusios  
y Origüela y la Huerta en las plazas  
gosemos alegres de tal regosijo;  
bendiciendo á la Virgen bendita  
Patrona de España  
de quién semos hijos.  
Estos son los recuerdos de antaño  
que ayer tarde, de labios sencillos  
con los ojos bañados en llanto  
un pobre huertano  
contaba á su hijo.

MANUEL BAÑÓN

## El Pontífice de la Inmaculada



o es menester nombrarle: todos, hasta los ignorantes, saben quién es.

¡Qué gloria tan imperecedera para Pío IX! Ningún Pontífice como él pasará á la Historia con el sobrenombre que encabeza este artículo. Podrán titularse y, con efecto, son conocidos muchos de ellos con epítetos más ó menos gloriosos; pero á sólo Juan Bautista Mastai Ferreti es dado enlazar su nombre con el inefable misterio de la Concepción Purísima de la Madre de Dios.

No en vano recibió en el Bautismo el nombre de Juan Bautista, pues así como el Precursor, allá en las riberas del Jordán, señalaba á las gentes quién era el Cordero de Dios que quitaba del mundo el pecado, así Pío IX, puesto en el punto culminante del Orbe cristiano y, podríamos también decir, de la Historia, declaró á la faz de los siglos quién era la única criatura humana concebida sin pecado.

No cabe duda que el Señor, en sus altísimos designios, le destinó para que colocara en las sienes de la madre de Dios y de los hombres la Corona que Ella más estima y

que á Ella más enaltece, porque con esa aureola en la que se leen, escritas por Pío IX, estas palabras: *María, concebida sin pecado*, tienen fácil lógica explicación todos los privilegios, todas las gracias, todos los singulares honores que el cielo y la tierra, Dios, los ángeles y los hombres han otorgado y otorgan sin cesar á la que proclaman Reina y Madre; así se comprende que un Arcángel, en nombre del que es tres veces Santo, la saludara *llena de gracia*, y que la Iglesia cante todos los días, dirigiéndose al Hijo Unigénito del Padre: *Tú, para librar al hombre que había de ser redimido, no tuviste horror al seno de una Virgen*; sin esa corona, sin esa aureola no tienen satisfactoria solución las dificultades que contra los otros privilegios de María puedan presentarse por el error y la impiedad.

¿Fue la Señora concebida sin pecado? Pudo ser y lo es digna Madre de Dios; pudo ser y lo es Virgen y Madre á un tiempo; pudo ser y lo es preservada de la corrupción del sepulcro, y llevada en cuerpo y alma al cielo.

¿Fue concebida sin pecado?.... No nos atrevemos siquiera á indicar las consecuencias que de aquí podrían desprenderse; consecuencias que el pueblo cristiano, entendiéndose bien, el pueblo cristiano y, sobre todo, el pueblo español, no ha sacado jamás, porque su razón, iluminada por la Fe, nunca

pudo imaginar á la que llama su Madre, porque es Madre de Dios, manchada con la más leve sombra de culpa. Esto ha horrorizado siempre á las inteligencias y á los corazones de los cristianos.

A la ciencia humana que todo lo pretende investigar, y que cuando encuentra en su camino la barrera infranqueable del misterio, para no declarar su impotencia apela á las sutilezas, distingos capciosos y sofismas, á esa ciencia fué dada la triste singularidad de negar la Concepción inmaculada de la Madre del Redentor.

Pero á esa ciencia, más bien orgullosa que profunda, y más hinchada que racional, salieron al paso los humildes hijos de Francisco de Asís que, con el insigne Escoto á su frente, la dejaron maltrecha y destrozada.

Esa brillante y victoriosa defensa debía tener su premio, y la Providencia quiso que un Pontífice, salido de las nutridas filas de los terciarios franciscanos, fuere el que pronunciara la última palabra en la contienda, declarando dogma de fe la verdad con tanto denuedo propugnada por sus hermanos de hábito.

Y si Dios recompensó de esta manera á la orden franciscana, ¿podía dejar sin galardón el acto llevado á feliz término por Pío IX en 8 de Diciembre del año 1854?

Decimos Dios, y no la Santísima Virgen, porque el primero intere-

sado en la gloria de su Madre es su propio divino Hijo, el Verbo Eterno del Padre.

Fijémonos en una circunstancia especialísima de la vida de Pío IX.

El Señor dijo por boca de Moisés: Honra á tu padre y á tu madre y tendrás larga vida sobre la tierra (1).

Ahora bien: ¿no podremos afirmar que Nuestro Señor Jesucristo, reconocido á Pío IX, su Vicario, por el honor y gloria que tributara á su Madre Santísima declarándola Inmaculada, le concedió el privilegio de ocupar la Cátedra Romana más años que ningún otro Pontífice?

¡Coincidencia singular! El apóstol que sobrevivió á todos los demás apóstoles y alcanzó prolongada longevidad, y hasta de él se dijo que no moriría, fué precisamente aquel que por encargo del mismo Jesucristo, recibiera á la Santísima Virgen como Madre suya, portándose con Ella, hasta el momento de su feliz tránsito, cual cumplía á un buen hijo. El Pontífice que ha sobrepujado á todos sus antecesores después de San Pedro en años de gobierno de la Iglesia, y ha

visto con creces los días del mismo Pedro desde la Sede Romana, es el que honró á la Madre de Dios declarándola Inmaculada.

No es el único beneficio que el Cielo dispensara á Pío IX. Parece como que la Santísima Virgen, agradecida á su Siervo, pone á disposición de éste lo que ella más amaba sobre la tierra. Dióle su Casto Esposo José para que fuera, en adelante el Patrono de la Iglesia; entrególe el Corazón de su Hijo Santísimo, á fin de que, consagrándose á Él la misma Iglesia, recibiera nuevos bríos y fuerzas bastantes con que contrarrestar los avances de la impiedad; hizo que el Espíritu Santo descendiera sobre los Padres reunidos en el Concilio Vaticano, inspirándoles que definieran la Infallibilidad Pontificia (y no podía menos de ser así, porque la lengua que había declarado solemnemente la Concepción Inmaculada de tan excelsa Señora era, digámoslo así, divina no humana; transmitía la voz de Dios, no del hombre, y, por tanto, estaba inmune de error, era órgano de la verdad eterna, como lo fué, asimismo, al reunir en el *Syllabus* todas las proposiciones heréticas de los presentes tiempos.

¿Qué más? Para que nada faltase á Pío IX, dióle á gustar el cáliz que su Hijo divino bebió, hízole participante de sus propios dolores, permitiendo que la Revolución le arrebatara la corona de Rey temporal y la trocase por otra de espinas, y que los últimos años de tan gloriosa existencia transcurriesen en amargo cautiverio, pudiendo, al exhalar el último suspiro, repetir las palabras de Gregorio VII: *Porque amé la Justicia y aborrecí la iniquidad, muero en el destierro.*

Concluyamos. Si la Santísima Virgen de esa manera correspondió á Pío IX antes de atravesar éste los umbrales de la eternidad, ¿será temerario pensar y creer que allá, en las celestiales mansiones, esa Madre Inmaculada, con su Divino Hijo, le habrán ceñido corona de inmarcesible gloria?

Eso es el común sentir del pueblo cristiano, así lo cree la grey franciscana, que, al celebrar el 50.<sup>o</sup> aniversario de la proclamación del dogma de la Inmaculada, exclaman llenos de entusiasmo: ¡Gloria á Pío IX en la tierra y en el cielo!

BERNARDO PELLEJERO PÉREZ

(1) Exodo, XX-12

## FRASES BONITAS

### POTUIT

Mirad al cielo... tras la nube oscura  
Que fabrica el relámpago brillante,  
En un trono más puro que el diamante,  
El Rey Eterno, majestad fulgura.

El pudo hacer Inmaculada y Pura  
De salvación á la Eva deslumbrante,  
¿No sacó del abismo en un instante  
El Universo lleno de hermosura?

¿No sacó al hombre, de entre cieno inmundo?  
¿Y la Creación no rige Poderoso?  
¿Y no sujeta al rayo furibundo?

¿Y no calma el fragor del mar undoso?  
¿Qué pues no ha de poder el Rey del mundo  
Si es su poder sin fin, maravilloso?

### DECUIT

El Hijo del Eterno que quería  
Redimir con su sangre generosa  
Del triste Adán, la raza veleidosa  
Por Madre suya, escogió á María.

Que fuera Inmaculada convenía  
Esta sin par criatura toda hermosa  
Esta Virgen modesta y candorosa  
Que por Reina la tierra aclamaría.

¿Cómo no ser sin mancha concebida  
La Judit victoriosa, que triunfante  
Del dragón infernal, fué nuestra vida?

¿Esclava podía ser del repugnante  
Enemigo de Dios?... No, que elegida  
Fué y preservada desde el primer instante.

## ERGO FECIT

Sin mancha os hizo Dios ¡Oh Virgen Santa!  
Mas pura que del Sol los resplandores,  
Mas hermosa, que hermosas son las flores,  
Vuestra belleza virginal encanta.

De la luna que besa vuestra planta  
Eclipsais por completo los fulgores...

Venid por un instante ruseñores  
Y anidad un momento en mi garganta;

Venid aves, venid, vuestra voz pura  
Conservarán los montes y los mares.  
Y al cantar de mi Madre la hermosura.

Cual lo haceis en los bosques seculares  
Ganarán vuestro acento y mi ternura  
Al Cantor del «Cantar de los Cantares.»

Luis Ezcurrea

## Recuerdo del año 1854



QUE día tan lleno de grandezas y de glorias aquel en que el inmortal Pío IX descuella imponente, magnífico, en el hermoso cuadro de la historia del Cristianismo. Centenares de Prelados le forman corona de respeto y de cariño al gran Pontífice de María. Los sacerdotes oran. La Cristiandad fija su mirada y su corazón en el Vaticano y espera. Los ángeles contemplan la santa montaña y... el Espíritu de Dios descende al Palacio de los Sucesores del Pescador... Allí está el gran Sacerdote Pío orando en santo recogimiento, en la callada soledad del alma, en éxtasis sublime... La Paloma de los cielos se posa sobre la cabeza del Pontífice y... yo no sé explicar como fué esto, pero ilumina aquel grande espíritu. ¡Ah! el Pontífice Santo, manso, humilde, amantísimo, debió escuchar una palabra, que traducida al pálido lenguaje de la tierra diría acaso: «Hijo mio, María que cubre los cielos con su gloria, tiene en su corona de Reina una grandeza magnífica que aun está velada; te he elegido á tí para que des testimonio infalible de una de las más bellas prerrogativas de la Madre de Jesucristo». Y entonces Pío IX, con el corazón lleno de divino amor, el espíritu iluminado por Dios, radiante de gloria, mueve sus labios y dice: «Dios, infalible por esencia, me habla y me di-

ce que la doctrina que enseña que María Santísima ha sido Inmaculada desde el primer instante de su ser, es revelada, y entonces de la ciudad de inefables armonías salió una voz: ¡Gracias, hijo mio. Es la voz de la Virgen Madre... Y en el cielo y en la tierra resonó un cántico, y los ángeles y los

cristianos, exclamaron: ¡gloria al Pontífice de María!

Ese acontecimiento de trascendental importancia en el Cristianismo y en la historia, esa página soberana en la Iglesia, que dió tanta gloria á nuestra Madre la Santísima Virgen María, conmemoramos en el año 1904.

## A María Inmaculada

Señora y Madre nuestra, purísima María,  
Princesa de la gloria, de nuestro pueblo honor;  
Ante tu augusto trono, radiantes de alegría  
Acuden hoy tus hijos, prendados de tu amor.

Acuden á ofrecerte con su piedad sincera  
Su corazón amante, que Tú custodiarás,  
Sus almas y sus cuerpos, su ser, su vida entera,  
Y más Te ofrecerían, si Dios les diese más.

Tu singular belleza los pechos enamora;  
Encanta tu dulzura, hechiza tu mirar;  
Por eso en tu diadema, oh celestial Señora,  
Nuestro florón humilde venimos á engarzar.

¡Qué hermosa eres! ¡qué hermosa, María Inmaculada!  
En Tí se acumularon encantos mil y mil;  
Es polvo en tu presencia la perla nacarada  
Y lúgubre es el alba del sonriente Abril.

El sol te dió vestido, corona las estrellas;  
La luna humilde y pura, calzado te prestó;  
Adornan tus mejillas dos rosas, las más bellas,  
Y tus blandos cabellos el oro los formó.

La abeja más constante depositó en tus labios  
La miel más exquisita que pudo fabricar,  
Y de su misma ciencia el Sabio de los Sabios  
Los mares en tu mente querido ha derramar.

Tus manos paz derraman y célicos placeres;  
Tus ojos sólo inspiran veneración y amor:

María Inmaculada: ¡oh! ¡cuan hermosa eres!  
¡Cuan bella y cuan amable formóte el Hacedor!

Tu singular belleza, ¿quien puede celebrarla?  
¿Cantar tu amor quién puede, Princesa del Edén?  
El hombre tu hermosura tal vez podrá admirarla;  
Tu amor podrá sentirlo; pero, cantarlo ¿quien?

¡Qué mucho, Madre nuestra, que tu sublime encanto  
Nos robe las miradas, nos robe el corazón;  
Si fué tan venturoso, si un día pudo tanto  
Que atrajo á tus entrañas al Dios de la creación!

Sí, Madre; nos cautiva tu rostro tan gracioso  
Y tu crecido afecto nos hace repetir  
Que guardaremos siempre el título glorioso  
De amantes hijos tuyos, sin mancha hasta morir.

Y escríbase en el tronco de encinas seculares,  
Y díganlo las aves con rítmico trinar;  
Y las mugientes olas de los bravíos mares  
Y el viento con sus voces no cesen de anunciar

Que si á la faz del mundo tus hijos nos llamamos,  
Cual buenos hijos, somos amantes de tu honor:  
Te amamos, sí, María; con santo ardor te amamos  
Y sólo nos cautivan cadenas de tu amor.

¡María Inmaculada! En este año fecundo  
En gracias para el hombre, en gloria para Tí,  
Derrama los tesoros de Dios sobre este mundo  
Y oigamos de tu boca: «Vencí, otra vez vencí.»

Contempla á nuestra Madre; mira á la Iglesia Santa  
Contra Luzbel luchando sin tregua y con tesón;  
Defiéndela, Señora; con tu divina planta  
Aplasta la cabeza del infernal dragón.

Salva á tu amada España, que al mundo ha dado ejemplo  
Amando tus grandezas de un modo singular;  
Que levantó á tu nombre en cada aldea un templo  
Y en cada encrucijada te dedicó un altar;

Que en sus gloriosas luchas por nuestra Fé sagrada  
Mostró en sus estandartes tu Imagen por blasón  
Y en todas sus conquistas, á cual mas señalada,  
Izóla en el más fuerte y erguido torreón.

Sálvala, Madre nuestra; olvida sus pecados,  
que tus amantes hijos perdón pidiendo están;  
Renueva en sus hogares la fe de los pasados  
Y líbrala del yugo funesto de Satán.

Podrá haber quien tus glorias mejor cante y proclame,  
María Inmaculada, podrá haberlo quizás;  
Pero, que exista un alma que más te quiera y ame,  
Jamás lo sufriremos, jamás, Madre, jamás.

J. LLADÓ.



## LA VIRGEN SIN MANCILLA

¡Cuan encantadora y simpática se presenta la imagen de María Inmaculada! Inspiradísimo estuvo el artista que la dedicó más bella que la aurora, elevándose entre nubes de ángeles sobre la redondez de la tierra, hollando con su inmaculada planta la sierpe del abismo. Por que tan feliz concepción artística se ha convertido hoy en visible y consoladora realidad. Sí; María Inmaculada, la mujer por excelencia, escogida como el sol, hermosa como la luna y coronada de estrellas su radiante frente, campea hoy sobre el universo mundo destacándose sublime, vaporosa del azul firmamento, mientras la acción católica trabajando arduamente en la prensa y en públicas asambleas, en las ciudades y en el campo, en el lugar y en el templo, ha logrado reunir en torno suyo millares y millones de fervorosos católicos que la saludan, la aclaman, la vitorean con delirante entusiasmo como á la mujer fuerte triunfadora de Satán, anunciada al mundo desde el amanecer de los tiempos. Entre estos descuellan muy principalmente los católicos españoles que emulando con los ángeles en entusiasmo y celo han logrado arrancar del corazón de la patria un himno universal de gloria á María Inmaculada entonada por 40000 corazones entusiastas de María en Bilbao y más de 50000 en Barcelona; himno que ha de repercutir más tarde triunfante en el Pilar de Zaragoza. ¡Oh qué bella es María Inmaculada, llevada así en palmas por las naciones y los pueblos!

Pero ¡ay! que en medio de tan universal concierto de suavísimas armonías, ruje la turba sectaria en sus antros oscuros, retorciéndose como sierpe y vomitando blasfemias...! No podía faltar. Es la infernal serpiente á quien María quebrantará la cabeza.

Hoy pues más que nunca pueden los católicos españoles exclamar al contemplar el triunfo de su excelsa Madre María Inmaculada:

Ruja el infierno  
Brame Satán  
La fé de España  
No morirá.

Imp. de Luis Zerón. — Orihuela.

